

**Trinidad León-Sotelo: «Subirachs: El arte no es un privilegio del artista, sino necesidad metafísica del hombre», ABC (Madrid), 30 de abril de 1990, p. 49**

El escultor catalán ingresó ayer en la Real Academia de Bellas Artes.

Cuando habla de arte habla de sí mismo, tal es el grado de unión que han alcanzado en Josep Maria Subirachs el hombre y el artista. Tiene fama de solitario, pero la creatividad constituye su mejor compañía. «Lo es todo para mí», dice. Ayer, el escultor que desde hace más de tres años trabaja en concluir la Sagrada Familia de Gaudí, tomó posesión de su plaza en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Convertirse en académico le parece algo muy agradable, un reconocimiento a la labor de muchos años, pero no cederá a la tentación de un deslumbramiento posible porque, en su opinión, el arte es algo que nunca se alcanza plenamente, una tarea que exige la entrega continua. Confiesa, sin victimismo, que no tiene descanso, que para él acudir al cine o al teatro forma, también, parte de su trabajo. «El arte es parte de mi vida, no tengo horas para él y lo demuestro viviendo donde trabajo».

En efecto, desde hace tres años y medio, entregado como está al empeño de terminar la fachada de «La pasión» de la Sagrada Familia, que Gaudí dejara inacabada, vive en unas pequeñas y austeras habitaciones que ha acondicionado junto al taller. «Las ideas pueden surgir durante la noche», explica para justificar el requisito de la proximidad.

Subirachs dio título al discurso que pronunció en la Academia con tres nombres a los que considera genios en las materias que han abordado: «Gaudí, Welles, Steinberg». Su admiración por el arquitecto catalán la ha repetido hasta la saciedad. La fascinación que sobre él ejerce Orson Welles la comenta basándose en la ayuda que le ha proporcionado a través de su obra y con respecto al dibujante Steinberg afirma que lo elogió porque en el dibujo está el origen de toda la plástica.

A este catalán nacido en 1927 no le concedió la vida caminos fáciles para lograr que su vocación fuera mucho más que un sueño de adolescencia. Su padre era un obrero sin demasiados recursos económicos, de modo que Subirachs tuvo que dedicarse a labores varias hasta conseguir, por fin, entrar en el taller del gran escultor Enrique Casanovas. Fue el principio de una pasión interminable. Crear se convirtió para el artista en una forma de luchar contra la muerte, una idea que él no enlaza con el concepto de inmortalidad que suele asimilarse al hecho de ser académico o de dejar un legado que garantice la continuidad del hombre.

«El arte –dice- no es privilegio del artista, del ser dotado de unas ciertas cualidades. Yo mismo me desdoble y soy espectador de lo que hacen otros. Cuando miles de personas hacen colas inmensas para contemplar cuadros de Velázquez se mueven guiadas por la convicción de que hay un ser que ha

realizado obras de arte, algo más allá del tiempo, que son para el hombre un hecho casi metafísico».

Si se le dice que el artista al crear gozará más que el espectador responde que, por supuesto, «se entrega a una tarea que supone plenitud, gozo, sufrimiento, porque va muy unido a la propia persona». «Se trata de una secreción del propio artista y entonces es la felicidad», añade. Y tenaz: «No consiste sólo en tener cualidades, sino necesidad del arte».

El contrato que lo liga a la Sagrada Familia tiene una duración de quince años, de los que ya ha cumplido, como queda dicho, algo más de tres. Ha terminado la parte central de la fachada hasta el punto de que, en su opinión, ya puede verse como quedará cuando esté terminada. Cree que diez años más bastarán para finalizar una obra cuyo conjunto estará compuesto por cien esculturas de piedra de unos cuatro metros de altura cada una y de las que ya hay hechas veinte.

Continuar la obra que otro artista dejara inacabada le obliga a recordar los tiempos de la Edad Media, aquella etapa en la que los monumentos eran suficientemente complejos como para que se mezclaran incluso diversos estilos. No obstante deja claro que «mi obra no imita a Gaudí, entre otras razones porque no sería bueno». «Estoy haciendo una obra personal que, eso sí, encaje y se articule con lo existente», manifiesta.

Está convencido de que, en el fondo, el arte, en cualquiera de sus facetas –cine, pintura, escultura, etc.-, es siempre lo mismo. «Lo que cambia es la técnica. El origen profundo de todos los artistas es comunicar estilo a los espectadores. El artista es como un periodista de su época, que deja huella de la etapa en la que vivió», declara.